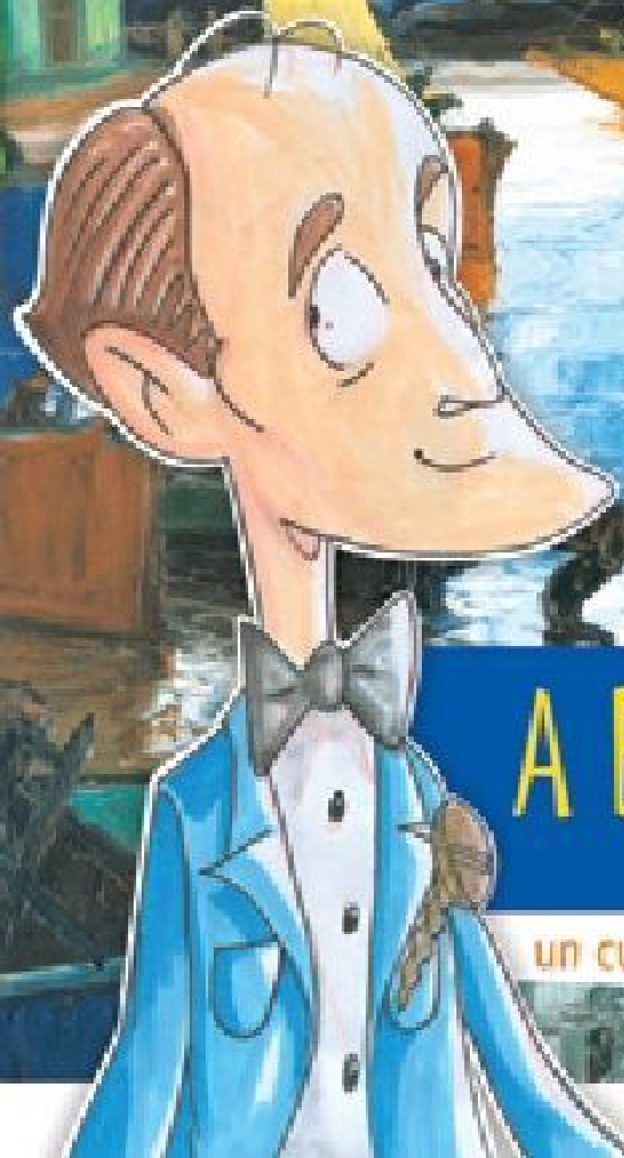


Silvia Sirkis - Ilustraciones: Tomi Hadida



A Benito le gustan los barcos

un cuento para conocer a Benito Quinquela Martín

Así me gusta a mí 1

A Benito le gustan los barcos

un cuento para conocer a Benito Quinquela Martín





Arte a Babor es una joven empresa argentina especializada en la producción de contenidos de introducción al arte para niños y preadolescentes.

A través de historias o formatos afines a los chicos, **Arte a Babor** los invita a descubrir obras y artistas que hicieron el mundo más colorido, más ingenioso, más deslumbrante. Papás y mamás están invitados, tomen a sus chicos de la mano y déjense llevar.



Arte a Babor ha sido seleccionada por el programa CMD.Incuba de la Dirección de Industrias Creativas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires



Idea y texto: Silvia Sirkis
Ilustraciones: Tomi Hadida

Libro de edición Argentina.
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Impreso en octubre de 2008
por Pixel Grupo Impresor
Santa María del Buen Ayre 458
Cdad. Aut. de Buenos Aires

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Agradecimientos

A la Lic. María Sábato, directora del Museo de Bellas Artes Benito Quinquela Martín, por su apoyo y a la Lic. Mirta Cobreros y a Estefanía Migoul, del mismo museo, quienes facilitaron el material fotográfico.

Referencias fotográficas:
Obras reproducidas por cortesía del Museo de Bellas Artes Benito Quinquela Martín.
Benito Quinquela Martín, *Día luminoso*,1968; *Crepúsculo*, 1960; *Lluvia espiritual*, 1960; *Ternura espiritual*, 1978; *Reencarnación*, 1960 (© f. Guillermo Zaldívar, Galería Zurbarán)

Sirkis, Silvia
A Benito le gustan los barcos: un cuento para conocer a Benito Quinquela Martín / Silvia Sirkis ; ilustrado por Tomi Hadida. - 1a ed. - Buenos Aires : Arte a babor, 2008.
16 p. : il. ; 20x28 cm.

ISBN 978-987-24600-0-6

1. Arte para Niños. 2. Material Auxiliar para la Enseñanza I. Hadida, Tomi, ilus. II. Título
CDD 709.54

Idea original y textos: Silvia Sirkis
Ilustraciones: Tomi Hadida



A Benito le gustan los barcos

un cuento para conocer a Benito Quinquela Martín



Benito nunca supo dónde nació. Se crió entre muchos chicos que, mientras crecían, esperaban una mamá y un papá.

Cuando cumplió 6 años, llegaron Manuel y Justina a conocerlo, lo abrazaron con amor y lo llevaron a la casa que de ahí en más sería su hogar. Fue un viaje corto por calles empedradas. Cuando Manuel anunció que habían llegado, Benito miró con atención su nuevo barrio: La Boca.

Lo que descubrió lo dejó sorprendido. Por primera vez, vio el río y vio barcos. Había mucha gente trabajando en la orilla: algunos hombres cargaban bolsas enormes en sus espaldas, otros reparaban o pintaban las naves. "Es el puerto de la boca del Riachuelo", le contó Manuel. En silencio, Benito observó el movimiento de la gente, escuchó el sonido del agua, miró los colores de los barcos. Caminaron un poco más y Benito se dio cuenta de que los colores no estaban solo en el puerto. Las casas estaban pintadas un poco de rojo, un poco de azul, un poco de verde. Algunas eran de chapa, otras, de madera, y unas pocas eran de ladrillos.





Benito llega al barrio de la boca del Riachuelo

Mientras se acercaban a la casa de la calle Irala, Benito, con ojos muy abiertos, miraba y miraba sin cansarse. El lugar no se parecía en nada al mundo gris del que venía. No había duda, La Boca le encantaba.



Los papás de Benito tenían una carbonería. El carbón era algo muy útil en aquella época: se usaba para cocinar y para calentar la casa. Apenas creció un poco, Benito empezó a ayudar a Manuel en el reparto de pedidos. No podía estar más contento. Mientras iba de casa en casa llevando el carbón, Benito conocía cada rincón del barrio.

Cuando le sobraba un ratito se quedaba en el puerto mirando los barcos que llegaban y que partían. Algunos enormes que venían de lejos y otros chiquitos, veleros o botecitos, que solo cruzaban hasta la isla de enfrente. Con gran admiración observaba a los hombres que caminaban por angostas pasarelas de madera cargando bolsas muy pesadas; parecían equilibristas.

Algunas veces, se quedaba hasta el atardecer y, si tenía suerte, llegaba a ver cómo el sol rojizo se reflejaba en el río. "¿De qué color es el agua?... De ninguno y de todos", pensaba.



Benito tenía ganas de guardar esos instantes, esas imágenes que le gustaban tanto. Ahora nos resulta fácil: sacamos una foto y listo, pero cuando Benito era chico la gente no tenía cámaras fotográficas en sus casas. Se podía contratar a un señor fotógrafo, pero era muy caro y no era cosa de todos los días. Además, las fotos en esos tiempos eran en blanco y negro. Benito, entonces, grababa las escenas en su memoria y en su corazón.

A veces, sacaba un pedacito de carbón de la bolsa y trataba de dibujar en una baldosa o alguna pared olvidada el barco que más le había gustado.

Los años pasaron, Benito creció y se convirtió en un joven y, como casi todos los jóvenes del barrio, consiguió un trabajo en el puerto.

¿Habrá soñado con ser marinero? Eso no lo sabemos, pero lo que sí sabemos es que un día decidió tomar clases de pintura.

A su papá Manuel le pareció raro, pero su mamá lo miró con una sonrisa y aprobó la idea.



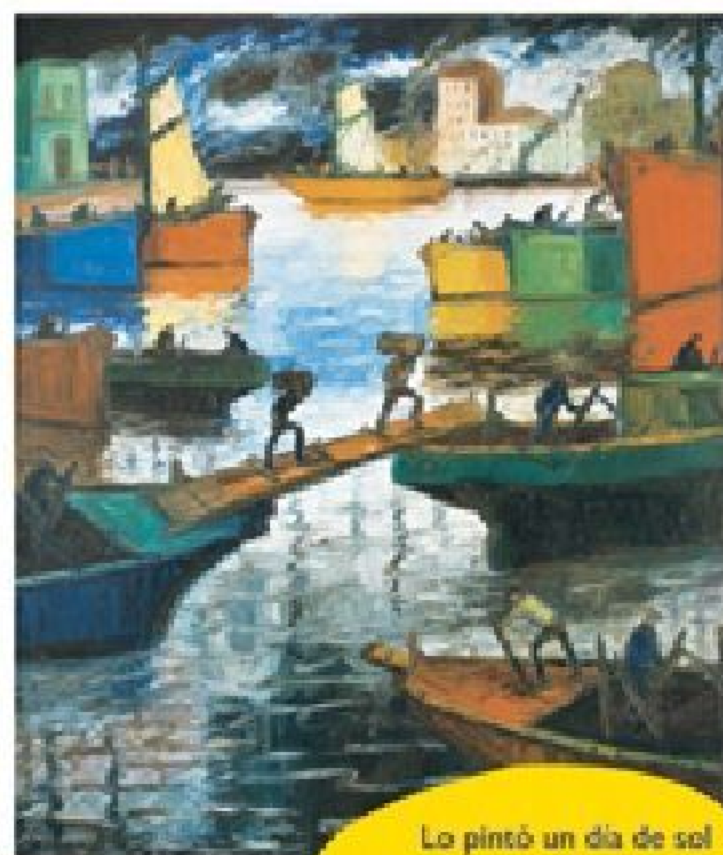
Entonces Benito se anotó en las clases del Sr. Alfredo y aprendió enseguida todo lo que su maestro le fue explicando.

Cada vez dedicaba más tiempo a sus cuadros y más se entusiasmaba con lo que lograba dibujar.

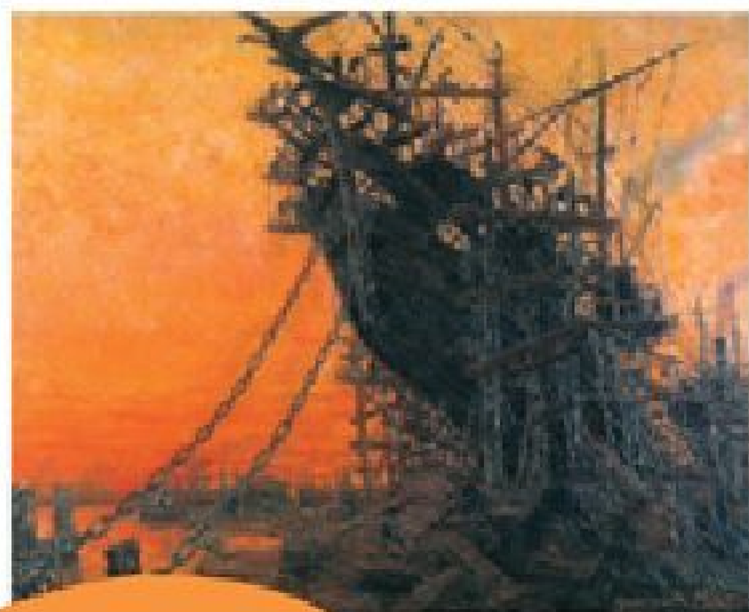
¡Adiviná qué le gustaba pintar!

Benito eligió mostrar el lugar que mejor conocía y más quería.

"Pinta tu aldea y pintarás el mundo", dijo un poeta, y Benito pintó una y otra vez el puerto de La Boca.



Lo pintó un día de sol cuando los colores son brillantes;



lo pintó al atardecer,
teñido de naranja;



y también un día de
tormenta, cuando todo
se ve más gris.

Benito también pintó el Riachuelo bajo las llamas durante un gran incendio y bajo la luz de la luna una tranquila noche despejada. Ese exacto lugar podía tener colores muy distintos según la hora y el clima.

Ahora, ¡a pasear!

Este cuento no es todo inventado. Como te imaginarás, Benito existió. Su nombre completo era Benito Quinquela Martín. Su casa, que hoy es parte del museo que lleva su nombre, se puede visitar. Queda, por supuesto, en el barrio de La Boca, en la ciudad de Buenos Aires. Ahí se pueden ver los cuadros que están en este libro y muchos más (acordate de mirarlos primero de lejos y después bien de cerca, para ver las capas de pintura y el paso de la espátula). También está su piano pintado de colores como el barrio que amaba y su traje de "La orden del tornillo". Por el ventanal, o saliendo a la terraza, se puede ver el Riachuelo donde todavía quedan algunos pocos barcos.



Museo de Bellas Artes Benito Quinquela Martín
Av. Pedro de Mendoza 1835 La Boca
Ciudad de Buenos Aires

Al salir del museo, pasá por Caminito, la calle que Benito inventó y que ahora visita gente de todo el mundo.

También podés caminar por el barrio y ver algunas de las casas de chapa acanalada que aún quedan. Muchas tienen balcones con lindas barandas de hierro y son parecidas a las que Benito vio cuando llegó por primera vez a La Boca, cuando era un lugar de inmigrantes genoveses que pintaban sus casas con los restos de pintura que sobraba en el puerto.





Y de yapa*, te cuento:

Mascarones de proa

Benito vio y pintó todo tipo de barcos. De tanto mirar y tanto pintar conoció algunas naves que, en la proa (o sea, adelante), tenían unas figuras de madera inclinadas hacia el agua, como si estuvieran listas para emprender el viaje. Podían ser sirenas o hermosas mujeres, leones o guerreros temerarios, pero siempre tenían la mirada clavada en el horizonte, oteando el camino a seguir.



Durante muchos siglos, los mascarones de proa, como se llama a estas figuras, adornaron los barcos. Los marineros pensaban que los protegían de los posibles peligros del mar.

Benito, quien tanto amaba los barcos, se apasionó con los mascarones que conoció y los coleccionó a lo largo de su vida. La colección está en el museo. ¡No te la pierdas!

Otro artista que coleccionó mascarones de proa fue el poeta chileno Pablo Neruda. Si alguna vez viajás a Chile y pasás cerca de Isla Negra, donde queda su casa, entrá a conocerlos.

(* ¿Sabés lo que es la *yapa*? La yapa es lo que viene de regalo, algo que no te esperás, como lo que te cuento ahora que terminó este cuento.)

Colección Así me gusta a mí

¿Por qué algunos artistas pintan personas,

otros pintan paisajes

y otros cosas que no se entienden ?



Algunos pintan cuadros enooormes , otros cuadros chiquitos,

algunos esculpen piedra, pintan murales o usan materiales raros.



Para un artista no es fácil encontrar su manera de trabajar y cuando la encuentra

la defiende con firmeza si a otros no les gusta o no la aceptan.

En los libros de la colección **Así me gusta a mí**

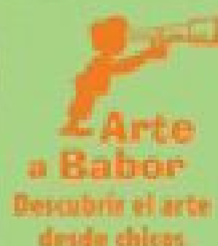
te vamos a contar la historia de muchos artistas y porque sus obras son como son.





Descubrir el arte desde chicos

Izquierda: Juan Gris, Paisaje en Ceret (Landscape at Ceret). 1913. Moderna Museet, Estocolmo. Derecha: Vincent van Gogh, Noche estrellada (The Starry Night). 1889 The Museum of Modern Art, Nueva York. Eduardo Sívori, Primavera. 1914. MNBA, Buenos Aires



¿Conocés Arte a Babor?

Arte a Babor tiene una misión nada secreta: hacer descubrir a los chicos todo lo que hay de especial, divertido, conmovedor u oculto en el arte.

¿Sos un chico curioso? ¿Tenés tu catalejo a mano?
Entonces vení a compartir con nosotros esta aventura del descubrimiento.
Miremos lo que nos rodea y gritemos juntos: "¡Arte a babor!"

Otros libros de Arte a Babor

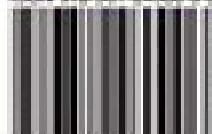




¿A partir de qué edad se puede leer este libro?

Si sos un chico curioso y explorador,
este libro es para vos.
Y si sos mamá, papá o abuelo también.

Porque dar un paseo bien acompañado
por los caminos del arte
es una divertida experiencia familiar.
¡No te lo pierdas!


ISBN 978-987-24600-0-6
9789872460006